

CERTEZAS SIN GARANTÍA, DOMINACIONES ABSOLUTAS: EL DISCURSO HISTÓRICO COMO LEGITIMADOR DEL PODER

Ricardo Martín de la Guardia

Profesor Titular de Historia Contemporánea, Universidad de Valladolid.

No hay sistema en las páginas que siguen. Ni he pretendido construirlo. Sólo permaneciendo al margen, pero abarcándolo desde fuera, es como podemos 'poner entre paréntesis' lo que otros nos ofrecen como sistemático."

ROMÁN REYES, *La voluntad de fragmento (para una filosofía de las Ciencias Sociales)*.

"El discurso transporta y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo. Del mismo modo, el silencio y el secreto abrigan el poder, anclan sus prohibiciones; pero también aflojan sus apresamientos y negocian tolerancias más o menos oscuras".

MICHEL FOUCAULT, *La voluntad de saber*.

A pesar del riesgo que entrañan los límites siempre estrechos de las definiciones, y con la seguridad de que se les incorporarán muchos matices a medida que avance nuestra exposición, empezaremos por indicar que todo discurso constituye un proceso semiótico, concretamente lingüístico, y como tal viene articulado por el conjunto de relaciones establecidas entre los signos fónicos o visuales que lo componen al articularse en frases y párrafos. Entre los tipos posibles se encuentra el discurso histórico, que se arroga la capacidad de actualizar el conjunto de experiencias de una colectividad mediante un acto o series de actos específicos de lenguaje, los cuales, por supuesto, reúnen una serie de rasgos formales característicos.

Sin embargo, como apunta Eco, “un signo no es una entidad semiótica fija sino más bien una confluencia de elementos interdependientes (...) basada en la correlación codificante” (1976: 49). Prescindiendo del, por otra parte, importante desplazamiento del objeto de la semiótica en los últimos años desde el signo hasta las relaciones sgnicas, y aunque el concepto de código se considera excesivamente sencillo para describir las relaciones entre los signos y sus referentes, podría decirse que los códigos proporcionan las reglas de intercambio de signos; así, si se quiere acceder al significado de los conceptos deben conocerse los códigos, los cuales no son estables pues se hallan sometidos a las “fuerzas sociales”. Por tanto, nos encontramos ante un círculo vicioso, ya que para desentrañar el significado de la palabra es necesario reconocer los códigos que

producen su significado o significados, y tener en cuenta así las fuerzas sociales que actúan sobre ellos, conocimiento al que sólo se tiene acceso mediante el lenguaje, es decir, por medio del discurso.

El lenguaje es, pues, inestable, y por ello tanto más lo será la formación de conceptos, hasta el punto de que no todas las épocas han coincidido a la hora de establecer siquiera una tipología de los discursos, y tampoco, como es de suponer, a la de distinguir los discursos históricos de los que no lo son: piénsese, por ejemplo, en los anales, crónicas, relatos míticos, fabulosos, etcétera (Jorge Lozano 1987: 12).

Otra consecuencia de esta inestabilidad inherente al lenguaje es la interferencia que se produce en el momento en que el historiador accede con su competencia lingüística a las fuentes, especialmente las primarias, producto a su vez de una "codificación" lejana en el tiempo. El desfase, no obstante, no se debería sólo a esa distancia, pues incluso si pertenecen a la misma época los historiadores, al igual que los demás hablantes, estructuran el lenguaje de distintas maneras y producen con ello interpretaciones diferentes. Así lo prueba Hayden White en *Metahistoria* (publicado por primera vez en lengua inglesa en 1973, y en español en 1992) al analizar la obra de ocho "pensadores históricos" del siglo XIX y observar que todos ellos, incluso cuando tomaron los mismos "datos" como punto de

partida, llegaron a conclusiones diferentes e incluso opuestas (1992a: 410).

La pregunta que surge a continuación es, evidentemente, cuáles serán las condiciones bajo las cuales una interpretación resulta correcta, esto es, cómo puede una interpretación —o más de una, quizá— coincidir con la realidad. Podría aventurarse que será la más correcta la que más tenga en cuenta esas fuerzas sociales que actúan sobre las relaciones sónicas pero, sea como fuere, se necesitaría previamente conocer la base de comparación: el pasado *wie es eigentlich gewesen*. Y para ello contamos solamente con los textos históricos que la transcriben, la reflejan, la proyectan y, en definitiva, la interpretan. En palabras de Dominick LaCapra, “el pasado llega en forma de textos y restos textualizados —recuerdos, reportajes, escritos publicados, archivos, monumentos, y así sucesivamente (1985: 128).

No es posible, pues, acceder al pasado en estado puro. Las que tradicionalmente se han considerado fuentes primarias, contemporáneas de los acontecimientos, no son parte de éstos. En primer lugar, si se consultan se hace desde el presente mediante un acto de interpretación. Además de esta actualización, sin embargo, constatar unos supuestos acontecimientos históricos (*events* según la terminología de White) implica siempre una selección de entre la multitud de acciones o comportamientos observados así como una interpretación de los mismos previos o no a esa selección, in-

interpretación encaminada, no siempre conscientemente, a la búsqueda de un sentido y que justifica que esos datos se incorporen a los archivos o cualquier otro "depósito de la memoria" mediante su textualización. Algunos autores, no obstante, entre ellos Arthur Danto (1989: 84), consideran que este proceso de selección sí que responde necesariamente a esa búsqueda de sentido, la cual se convierte en criterio determinante de dicha selección. Por ello, las historias sólo se diferencian en buenas y malas; es decir entre las que han sabido distinguir entre los elementos significativos de los no significativos e incorporar a su interpretación tan sólo los primeros. En cualquier caso, y no solamente para Danto, este proceso de selección, interpretación y registro los convierte en hechos o *facts*, dotándolos de significado.

Por otra parte, toda interpretación, ya sea la llevada a cabo por quien toma los datos y los registra como fuente de primera mano, ya por quienes en momentos ulteriores acceden a las fuentes, sean estas primarias o, con más razón, de otro tipo, está efectuando una reconstrucción de los hechos que viene dictada en buena medida por su manera de entender el mundo y la experiencia humana, además, por supuesto, de su manera de emplear la lengua como vehículo de comunicación. Toda reconstrucción requiere ese eje organizador, y si de éste entran a formar parte los conocimientos del intérprete, es de esperar que cuando éstos aumentan o simplemente se ven modificados de alguna forma se vean asimismo afectadas por el cambio las interpreta-

ciones que se hagan a partir de entonces sobre esa cuestión, sobre muchas e incluso sobre todas, si es un cambio radical en los planteamientos. Se trata de un proceso habitual y propio de la naturaleza humana en su interacción con el medio que lo rodea, e indispensable por otra parte desde el punto de vista de la recepción: "Para que los lectores del presente entiendan las ideas y acciones de la gente en el pasado, los historiadores deben cometer anacronismos en la medida en que deben traducir el lenguaje o lenguajes del pasado al lenguaje o lenguajes del presente" (Berkhoffer 1997: 214). Podemos afirmar con Faber (1971: 22-39) que, en el caso del historiador, a medida que se van conociendo los desarrollos ulteriores de la historia van cambiando las interpretaciones del pasado en su conjunto; de ahí la necesidad de que "cada generación escriba su propia historia".

Por todo lo anterior, el discurso histórico resulta también inestable; está vapuleado por diversas versiones de los hechos y sometido también a las tensiones o fuerzas que lo crean en un momento concreto o, por decirlo en términos foucaultianos, a las *prácticas discursivas* en el sentido de "conjuntos de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y en el espacio que han definido en una época dada y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa" (Foucault 1970: 198).

En definitiva, el discurso histórico es el procedimiento empleado tradicionalmente para dar cuenta de un pasado al que no se puede acceder de otra manera y que, por tanto, se crea en el momento y lugar de producción de ese discurso, mediatizado siempre por un lenguaje a su vez cambiante y sin referentes aprehensibles.

En efecto, “la *différance*, c’est le jeu systématique des différences”: jugando con la paronomasia, Jacques Derrida (1987: 38) explica cómo el sentido siempre queda diferido, retrasado detrás de todas las connotaciones, los cambios en las relaciones entre los significantes y los significados, los desplazamientos semánticos y, de modo especialmente llamativo, detrás de los usos previos y ahora reactivados de esas palabras o impresiones: el intertexto, la presencia de unos discursos en otros —por decirlo de otra forma más sencilla, las resonancias *ad infinitum* de un texto en otro— influyen en la comprensión de los mensajes hasta el punto de que nunca se puede acotar el campo de las significaciones (Munslow 1997: 143).

De este modo, el sujeto que habla depende del sistema de las diferencias (*différences*) y del movimiento (*différance*), y se constituye al operar ambos, y no previamente (1987: 41). Además, si el estructuralismo considera que los textos se articulan en oposiciones binarias (del tipo bueno/malo, blanco/negro, masculino/femenino), Derrida denuncia que siempre ha prevalecido

el mismo término de cada oposición —generalmente el primero de ellos— para estructurar y dar sentido al discurso: el denominado “significado trascendental” (30,41). Así se presupone la existencia de unos valores absolutos, que son los que la deconstrucción se propone precisamente subvertir (56-57). Para Derrida, la característica de todo texto es su pluralidad extrema, la multiplicación de significados hasta el punto de que en último término subvierte sus estrategias retóricas.

El lenguaje no es transparente, entre otras razones porque no sabemos a qué realidad remite y porque está constituido por una superposición de capas que se han ido formando con el uso a lo largo del tiempo y para distintas finalidades. Si nos atenemos a la argumentación brillante del argelino, siempre existe un término que organiza esta construcción de la realidad. Evidentemente no se trata del sujeto tradicional, diluido en este logocentrismo, pero se trata de un punto de vista según el cual la realidad cobra plena entidad, la organiza, le da coherencia y la presenta como algo fijo y estable. Gracias a eso se acepta por convención la existencia de la identidad de un individuo o la de los hechos contados en una historia. Dado que todo pensamiento estructurado rechaza por definición el principio de contradicción, las “cosas” deben resultar coherentes aunque esta coherencia no sea inherente a ellas sino que se les aplica como principio organizador (siempre buscamos el “sentido” de las cosas, de los procesos, de los comportamientos, aunque eso no quiere decir que lo tengan). Se trata, por el contrario, de una estrategia

persuasiva ya que si se pretende “que un texto sea reconocido como verdadero, y por tanto, como histórico (...), el historiador tiene que *hacer creer* que lo que dice es verdad” (Lozano 1987: 205).

Si la verdad es una consecuencia de la producción de sentido, el sentido que se busca en (¿o mediante?) el discurso histórico responde siempre a un intento de encontrar el eje motor de lo acontecido y de ahí que se haya presentado como una narración ordenada de los hechos con un principio, un desarrollo y una conclusión. Con estas características, el discurso histórico se encuentra en mejores condiciones que ningún otro de crear verdades, ya que ofrece una realidad, la del pasado, a la que ningún otro discurso puede acceder con iguales garantías de rigor y coherencia (pensemos en el relato mítico o en la novela histórica). Retomando la idea de que el pasado sólo existe en la medida en que lo actualizamos, en que se incorpora al presente, los pensadores de la postmodernidad parecen hacer suyas las reflexiones sobre el tiempo que San Agustín incluyó en los capítulos 14, 16, 18 y 20 del libro undécimo de sus *Confesiones* cuando declaran: “El pasado no puede ayudarnos a saber sobre aquello que se indaga y consulta —sobre el propio *sentido*—, no podría ayudarnos jamás a saber nada ni a saber más... Porque el pasado es del todo incapaz de hablar, porque el pasado mismo no existe ya, está muerto (Hernández Sandoica 1995: 37). Prescindiendo del dramatismo de estas palabras, no puede quedar ninguna duda del papel trascendental que desempeña el discurso histórico en la configura-

ción de la actualidad. Así se entiende la necesidad de metarrelatos históricos totalizadores que no dejen resquicios en la explicación de la trayectoria del ser humano en un ámbito y en un tiempo, en su relación con Dios, en su progreso científico y material, en su lucha contra la injusticia social, en la constitución de su hecho diferencial. El concepto lineal del tiempo influye de forma decisiva en el hecho de que se considere que toda explicación adopta una teleología además de una cronología y, por tanto, se asume el principio de causalidad como vertebrador del discurso así como de la realidad.

En efecto, estos tres supuestos han sido constantes en el quehacer histórico: la linealidad del tiempo, el significado del devenir histórico y la construcción de un significado mediante un orden lógico y coherente según el cual a un hecho lo precede una causa y lo sigue un efecto, sin caer por ello en el determinismo, eso sí, para que siempre encuentre cabida la libertad individual. Frente a esta concepción totalizadora de la historia, Nietzsche afirma: "No hay hechos en sí. Es necesario comenzar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho" (Lozano 1987: 135).

En esta línea de argumentación la tarea del historiador le conduce a un callejón sin salida, ya que se necesita una finalidad o intención previas para encontrar sentido a aquello que nos confirma esa misma finalidad. Por otro lado, la pretendida continuidad, el hilo

conductor de la narración histórica, al resultar de una imposición y no constituir un rasgo inherente a la propia naturaleza de la realidad pasada, pierde su protagonismo en beneficio de un concepto fragmentario del pasado (Corcuera 1997: 407). Una vez más nos encontramos con reminiscencias nietzscheanas: la *genealogía* no pretende construir fundamentos sólidos sino que remueve aquello que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo” (Foucault 1980: 13). De esta forma se entiende que la fragmentación disciplinar haya multiplicado hasta la saciedad los temas de investigación histórica, atribuyéndoles la misma importancia que a las cuestiones tradicional y estructuralmente centrales en este discurso.

Si el objeto se fragmenta y se descentra, lo mismo sucede, como ya hemos apuntado, al sujeto protagonista, que aparece multiplicado desafiando así la perspectiva dominante: si en las oposiciones binarias que denunciaba Derrida prevalecían el blanco sobre el negro, el hombre sobre la mujer, el imperio sobre la colonia, los nuevos discursos históricos conceden si no la voz, al menos sí la atención al término hasta ahora en desventaja sin que parezca preocuparlos la desaparición de ese sujeto enunciador estable propio del discurso tradicional. Según Manuel Castells, “la creación y desarrollo en nuestras sociedades de sistemas de significado se da cada vez más en torno a las identidades expresadas en términos fundamentales. Identidades nacionales, territoriales, regionales, étnicas, religiosas, de género y, en úl-

timo término, identidades personales: el yo como identidad irreductible” (1997: 30). Volveremos más adelante a esta crítica que se suele hacer al pensamiento post-moderno: deja hablar a “los otros” una vez que ha minado toda noción de identidad.

A la luz de todo lo anteriormente expuesto, la única realidad existente es la discursiva, la que crea el lenguaje en el aquí y ahora de la enunciación (que, como es de prever, sólo puede coincidir con el aquí y el ahora del lector que se acerca a ese discurso histórico). La verdad, siguiendo a Foucault, y al menos en el caso del discurso científico, en el cual el histórico se ha venido incluyendo desde por lo menos el siglo XIX, es un constructo que responde a las necesidades de la relación entre el poder y el conocimiento. Si esto se cumple en todas las disciplinas configuradas por la delimitación rigurosa de lo que es y lo que no es correcto, legítimo, bueno, etc., para cada una de ellas, con mayor razón aún lo hace en el discurso de la historia, aquél que con mayor propiedad todavía que los demás (que estudian objetos actuales o presentes en el mundo natural o social) sólo puede arrogarse la transcripción de un pasado inaprehensible de modo directo —al contrario que, por ejemplo, los estados somáticos de salud o enfermedad—.

En su formulación más radical, el sujeto desaparece porque el sentido es un efecto del lenguaje: “Constituido *por* y *en* el lenguaje, la realidad no puede ser ya pensada como una referencia objetiva, exterior al dis-

curso. Las operaciones históricas mejor fundadas se encuentran, a partir de este punto, sin objetos, comenzando por las distinciones básicas entre texto y contexto, entre realidades sociales y expresiones simbólicas, entre discurso y prácticas discursivas” (Hernández Sandoica 1995: 282). Sin llegar a los extremos del logocentrismo derridiano, es posible llegar a saber algo del pasado si a pesar de las limitaciones del lenguaje se desentrañan los mecanismos de creación de verdades que actúan en las redes discursivas. Aunque se trate de una postura más moderada, Antoine Prost la expresa con una afirmación categórica, en la más pura vena postmoderna: “Toda historia se reduce a un propósito del autor” (2001: 281). Dicho de un modo menos tajante, añadiremos que nunca debe descuidarse que quien consigue escribir tiene la autoridad de crear el pasado y, por tanto, de racionalizar el presente y condicionar el futuro.

De la afirmación anterior se desprende no sólo la responsabilidad del historiador, sino también esas fuerzas que determinan su discurso: “Los postmodernistas se preguntan *cómo* un fenómeno histórico particular logra entrar en el sistema que llamamos historia. También quieren saber *cómo* el sistema de escritura histórica (el relato) logra adquirir poder como discurso” (Corcuera 1997: 397).

Partiendo, en primer lugar, de la sugerente caracterización foucaultiana de los mecanismos del poder, entendido éste como una red de relaciones entre distintos

puntos, la capacidad de cada uno de ellos de incidir sobre los demás y a su vez de ser influido por ellos —no necesariamente en un sentido negativo sino con efecto amplificador, productor de nuevas relaciones, nuevas tensiones y resistencias—, consideramos que si éste se ejerce mediante lo único a lo que se puede atribuir una capacidad creadora, es decir, mediante el lenguaje, entonces el discurso se convierte en productor por antonomasia de relaciones entre los sujetos, los cuales reciben este nombre no sólo en la acepción más corriente del sustantivo, sino también precisamente por esa sujeción que los define como punto de intersección de todas esas relaciones ejercidas entre las estrategias discursivas.

En palabras de Miguel Ángel Cabrera, quien se refiere concretamente a la nueva historia social, “los fenómenos sociales no poseen uno u otro grado o tipo de relevancia significativa al margen del régimen discursivo al que son incorporados y, por tanto, los objetos no son algo que se descubre o discierne experiencialmente o de lo que los individuos toman conciencia, sino que son algo que emerge, adquiere vida, como consecuencia de su interacción en los términos expuestos con una determinada formación discursiva” (2001: 80). En este mismo sentido incide Francisco Vázquez García, uno de los mejores conocedores de la obra de Foucault (1987: 136).

Las palabras rodean a las personas y ordenan el mundo en que viven al dictar qué es lo que merece cobrar entidad y qué no. En su lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Colegio de Francia, Barthes lo expresó sin ambages: "(...) la lengua, como actuación de todo lenguaje, no es ni reaccionaria ni progresista; es, sencillamente, fascista, porque el fascismo no es la prohibición de decir, sino la obligación de decir" (1978:14). Evidentemente, el pensamiento post-moderno es heredero de un estructuralismo que sólo concede un status de existencia a lo verbalizable. Sin embargo, también los silencios se hallan sometidos a las distintas redes de fuerzas: no hay una sola manera de callar, ni es lo mismo que callen unos u otros, ya que cada disciplina particular y cada red de poder en general especifica qué es lo que puede o debe decirse y qué no, qué tiene validez y qué debe rebatirse y, por supuesto, quién tiene derecho a hablar. Por eso es importante aprender a encontrar los silencios y a desentrañar sus significados: "Los textos y los discursos también ilustran la política de sus sociedades a través de sus silencios, ya que las omisiones también revelan compromiso o, más probablemente, represión. Por último, un texto puede incorporar incluso las tensiones de una sociedad, pues el discurso hegemónico debe presumir lo que suprime de la misma forma que el discurso de la oposición debe dirigirse a aquello que rebate" (Berkhoffer 1997: 212).

Esta aparente distribución del poder entre dominantes —quienes deciden las reglas del juego de fuerzas—

y dominados —quienes las acatan o no— es heredera de la concepción tradicional del poder institucional como absoluto y preponderante. Indudablemente, las relaciones de poder se encuentran cristalizadas en toda una serie de instituciones, entre las cuales destacan las políticas, pero no por ello deben olvidarse las judiciales, sanitarias, académicas, laborales, culturales, etc., ni tampoco las que ejerce cada uno de los sujetos sometidos a ellas, aunque el reparto resulte evidentemente desigual (Hernández Sandoica 1995: 175 y Cabrera 2001: 168). A su vez, también las instituciones políticas reciben influencias y resistencias de parte de aquellos a quienes somete, así como presiones procedentes de otras instancias superiores o al menos no bajo su dominio —como sus equivalentes/homólogas en otras naciones—. Las oposiciones binarias, pues, se desestabilizan: a todo dominante le corresponde como mínimo un dominado, pero éste también actúa e incluso domina, quizás de otra manera. Obviamente, sigue siendo mucho más fácil considerar que el mundo se divide entre los que están “arriba” y los que están “abajo”, pero aun en ese caso no siempre es igual de fácil distinguir quiénes son unos y quiénes son otros, y a veces sucede que los quejidos de unas supuestas víctimas son instrumento de opresión para sus supuestos torturadores.

Por todo ello, no se trata solamente de analizar de qué modo consigue —o no— el discurso histórico legitimar el estado de cosas, la forma política existente o deseable, sino también de examinar cómo consigue —o no consigue— ese mismo discurso histórico alimentar

las fuerzas que la forma política existente o deseable necesita para afrontar las que la socavan o amenazan, por seguir con el mismo ejemplo. Por ello, los complejos procesos de significación, el estudio de las relaciones sónicas entre los elementos del lenguaje supone una herramienta imprescindible a la hora de explicar por qué cada discurso histórico adquiere el significado o significados que se le dan.

Por último, se necesita también precisar qué entendemos por "legitimación". En su sentido más corriente, "legitimar" puede considerarse sinónimo de "justificar", de "dar sentido" y es así como las historias oficiales de cada época y nación se han encargado de explicar *a posteriori* los motivos por los que se ha llegado a un cierto estado de cosas. Incluso si pensamos en los nuevos discursos históricos, en las reescrituras de los metarrelatos, podría afirmarse que, aunque aseguran no suscribir ningún interés u objetivo definitivo que no sea el de contar "las verdades hasta ahora ocultas", en el fondo (y como veremos, también en la forma) parece que, al hablar, justifican su intervención.

Creemos, sin embargo, que se trata de algo más radical que una mera justificación. No se habla para explicar un estado previo de las cosas, un proceso y unos resultados que se perciben en el presente, sino que, tal como hemos esbozado, es al hablar cuando se crean las cosas, los hechos, las verdades. Como explica Roland Barthes en *Le discours de l'histoire* (1967), el dis-

curso histórico, al confundir el significado (*historia rerum gestarum*) con el referente (*res gestae*) “es el responsable de la ‘creación’ del hecho histórico en el mismo discurso” (Lozano 1987: 136). Legitimación significa, pues, creación (obsérvese que la misma palabra “significar” equivale, etimológicamente, a “hacerse signo”), es decir, al construirse, el discurso crea unas realidades, unos significados mediante una serie de estrategias que transmiten relaciones de poder.

Existe así una “versión oficial de los hechos”, aquella tradicional historia que escribían los vencedores, pero existen también todas esas nuevas historias antes inconcebibles o por lo menos anatemizadas que en el marasmo de las postmodernidad cobran igual o mayor status que las canónicas: por ejemplo, las historias organizadas desde el punto de vista de los “perdedores” de otro momento y que ahora se resarcen de su silencio, de las colonias frente a la metrópoli, de la mujer frente al hombre, del negro frente al blanco, de los homosexuales frente a los heterosexuales, de las regiones frente a las naciones. Son las “re-escrituras” de la historia, creadoras de la realidad, de su realidad, tal como hicieron las que las han precedido, deseosas como aquéllas de presentar o actualizar un pasado distinto del conocido hasta el momento, no sólo, por supuesto, en su versión de los hechos, sino también en su contenido, en lo que constituye un hecho y lo que no. Y no puede dudarse que en la actualidad las historias de, o contadas desde, otras culturas, otras religiones, otros grupos étnicos, alternativos a la cultura, religión o etnia

que ha ejercido el monopolio de la palabra durante tanto tiempo —o así lo denuncian estos discursos— ocupan un lugar privilegiado en los anaqueles correspondientes a la sección de historia de nuestras librerías (no hay más que ver el espacio que en el ámbito anglosajón se dedica, por ejemplo, a los libros clasificados bajo el título de “postcolonialismo”), así como en los programas de los congresos de historia y otras ciencias sociales de las instituciones universitarias y culturales de nuestro mundo occidental. De esta manera pasan los discursos a formar parte de la circulación y del consumo, sujetos siempre a las tensiones y relaciones de fuerza que los multiplican y distribuyen.

Desde un punto de vista teórico al menos, no hay que pensar que en todas los casos se trate de un intento de subversión completa del estado de cosas, pues en ese caso se volvería a caer en el peligro de los metarrelatos tradicionales. Sin embargo, en la práctica, incluso en la más saludable de todas, se observa una preocupante insistencia en replantear todo el discurso histórico anterior para acomodarlo a los requisitos de estas nuevas perspectivas descentradas, con el consiguiente riesgo que entraña la aplicación de una teleología a las historias de la postmodernidad. De hecho, ésta es otra de las críticas que se le ha achacado, ya que en su discurso totalizador pocas son las oportunidades de participar que se ofrecen a otros discursos, lo cual las hace sumamente sospechosas.

Tomadas todas ellas en conjunto, el resultado es evidentemente fragmentario, y también la problematización de un pasado que parece haber sido de muchas maneras, cada una de las cuales reclama su derecho a existir, a convertirse en real, siempre y cuando se admita que cada una de ellas acierta a reflejarlo, lo cual, como hemos visto, no puede asumirse sin reticencias.

A la problematización se le añade un rasgo característico del discurso histórico tal como se entiende hoy en día y que en nuestra exposición hemos reservado hasta el momento de aplicar el concepto de legitimación: el discurso histórico se entiende, ante todo, y dada su incapacidad de transcribir fielmente el pasado, como un discurso literario, ya que participa de los mismos mecanismos de construcción del significado: unos personajes, unas acciones, una trama, un principio, desarrollo y fin, unas causas y unos efectos, unas motivaciones y unos comportamientos; en resumen, ambos discursos comparten los recursos propios de la narración, que es el modo de enunciación característico no sólo de la novela sino, salvo las excepciones que permitieron a Stone hablar de un retorno a ella, también de la historia. Aunque para Ricoeur difieren en sus referentes inmediatos “la historia y el relato de ficción se encuentran imbricados en el nivel de la *elaboración de la trama*” (1999: 180); además, comparten “referentes últimos —estructuras de temporalidad— porque ambas producen relatos dotados de trama y su objetivo es la experiencia humana del tiempo” (Corcuera 1997: 353). Por supuesto, siempre se puede ir más lejos en estas

afirmaciones: según el influyente teórico F.R. Ankersmit, entre el relato histórico y el de ficción no se aprecia una diferencia sustancial (1989: 137-153), pero quizá sea Jorge Lozano quien mejor exprese esta relación entre el discurso histórico y el texto de ficción: “Lo que acaso los una es la operación de construcción de discursos diferentes sí, pero quizá sólo porque sus efectos de sentido son diferentes” (1987: 13).

Así se entiende la colaboración fructífera entre estas dos disciplinas para configurar uno de los géneros literarios postmodernistas que más éxito está encontrando y que mejor refleja estos nuevos planteamientos: nos referimos a la “metaficción historiográfica”, definida por Linda Hutcheon como una narrativa que manifiesta su “conciencia teórica de que la historia y la literatura son construcciones humanas y reclama por ello una nueva re-flexión y re-elaboración de las formas y los contenidos del pasado” (1988: 5), esto es, una revisión de los acontecimientos que se narran en los metarrelatos y en las historias canónicas para insistir desde el ámbito de lo literario en la problematización del concepto de historia. Constituye de esta forma un instrumento privilegiado a la hora de desvelar la capacidad del discurso histórico de determinar cuál es la verdad y la esencia de un pueblo, es decir, de desvelar, empleando un quiasmo, figura favorita entre los autores postmodernos, “su poder de legitimación” y “su legitimación del poder”.

La ficción historiográfica, que, como indica su nombre, considera que el discurso histórico es por sí mismo un discurso ficticio, toma éste como base de un nuevo proceso de "ficcionalización", de novelación, que recrea los hechos narrados oficialmente en las historias y los somete a una serie de procesos basados en esa confusión o incluso indiferenciación entre estos dos tipos de discurso, empleando para ello, en primer lugar, puntos de vista novedosos que proponen una nueva versión de los hechos, y a veces también una fragmentación o repetición de los mismos que rompe con la tradicional linealidad del tiempo tanto histórico como novelado. Son frecuentes, además, las instancias enunciadoras descentradas e incluso carentes de identidad, como corresponde a los sujetos situados en los márgenes de la historia, hasta el punto de que a veces no se puede saber quién es el narrador. Por último, como figura imperante en torno a la cual se construye la narración, la ironía y la parodia que de ella resulta contribuyen a rematar la distorsión de la verdad transparente y unívoca transmitida por la historia oficial. Llegados a este punto, no podemos olvidar que para los teóricos anglosajones la oposición *history / story* ofrece un atractivo irresistible; en español, la polisemia de *historia* nos parece más peligrosa que una inofensiva y sugerente paronomasia. En contrapartida, no obstante, esta reunión de los conceptos de *historia rerum getarum* y de *res gestae* bajo un mismo término, "más que casualidad externa, recordaba Hegel (...) significa que la narración aparece simultáneamente con los hechos y los acontecimientos" (Lozano 1987: 11).

Conviene tener en cuenta que, como parte de la historia cultural, también los textos literarios canónicos son objeto de reescritura en este tipo de narrativa; de ahí las nuevas lecturas de la obra de Shakespeare como *Indigo* (1992), de Marina Warner, y de la novela victoriana, como las continuaciones de las novelas de Jane Austen que escribe Emma Tennant, *An Unequal Marriage: Pride and Prejudice Continued* (1994) y *Elinor and Marianne* (1996). Así, la conexión formal entre ambos tipos de discurso se revela no sólo en la narratividad sino también en la intertextualidad irreductible que ya hemos visto que caracteriza a los textos históricos pero que, al ser la historia de la literatura parte de la historia, también distorsiona esa verdad que transmitía mediante los recursos convencionales de la ficción. Por todo ello, metaficciones historiográficas como *El tambor de hojalata* (1959) y *Cien años de soledad* (1967) utilizan la parodia para suplir los daños causados por “la historia del olvido”, a la vez que ponen en duda la autoridad de quien escribe al poner en relieve la red intertextual que se teje a pasos agigantados entre la historia y la ficción de manera que no se puede llegar a encontrar ni un solo origen, ni un solo enunciador, ni una causalidad simple (Hutcheon 1988: 129).

Como consecuencia, los cimientos sobre los que se asentaba el poder, la autoridad del enunciador, quedan socavados, pues ya no es posible establecer un criterio que distinga a la literatura de la historia y no hay por tanto seguridad de que lo que aparece legitimado responde a unas realidades. Respecto a esta cuestión, no

deja de ser curioso recordar que según algunas teorías sobre el origen de la novela inglesa, ésta surgió a partir de un conjunto indiferenciado de textos tanto poéticos como periodísticos donde se narraban hechos pasados tanto reales como ficticios —el denominado *news/novels discourse* (Davis 1996: 97-100)—. Sería precisamente la ideologización de la noticia periodística y el uso político que de ella empezaron a hacer los incipientes grupos de poder las causas por las que se crearon una serie de leyes antilibelo cuya aplicación exigía obviamente determinar la veracidad de las acusaciones expresadas en los textos. Con la separación consiguiente entre los que no insistían en ser ficticios y los que sí lo hacían, éstos últimos dieron lugar a finales del siglo XVII a las primeras novelas inglesas (Medrano 1998: 13).

El ejemplo anterior ilustra una vez más la extraordinaria permeabilidad de ambos tipos de discurso y de las complicadas relaciones que se establecen entre sí y con esa supuesta realidad, pues no cabe duda de que los mismos procedimientos propios de la ficción nos ayudan muchas veces a encontrar un sentido a lo que vivimos. Como explica Louis Mink, “las historias no se viven sino que se cuentan. La vida no tiene principios, desarrollos o finales: hay encuentros, pero el comienzo de una relación corresponde a la historia que después contamos de ella, y hay despedidas pero las despedidas finales sólo existen cuando se cuenta la historia. Hay esperanzas, planes, batallas, ideas, pero es sólo en las historias retrospectivas donde se frustran las esperanzas, se estropean los planes, resultan decisivas las batallas y

seminales las ideas... Sólo en la historia descubre Colón América y sólo en la historia se pierde el reino por un clavo... Así que parece más cierto decir que las cualidades narrativas se transfieren del arte a la vida. Podríamos aprender a contar las historias de nuestras vidas a partir de canciones infantiles o de mitos de la cultura si tuviéramos alguno, pero es de la historia y de la ficción de donde aprendemos a contar y a entender nuestras *complejas* historias y así es cómo las historias responden a las preguntas" (1970: 557-8).

No es la literatura la única que se ve enriquecida con esta problematización: Simon Schama, uno de los historiadores más serios y rigurosos de las últimas décadas, consciente no obstante de la desintegración que amenaza al discurso histórico como portador fiel del legado de nuestros antepasados, publicó en 1991 *Dead Certainties, Unwarranted Speculations* (traducido en 1993 al español como *Certezas absolutas, especulaciones sin garantía*), título ambiguo bajo el cual se recogen unos textos históricos donde sin embargo se incluyen elementos de ficción ideados por el autor. Nada, pues, parece distinguirlo, por ejemplo, de alguno de los relatos metaficticios que componen la *Historia del mundo en diez capítulos y medio* (1989), de Julian Barnes, como aquél, escrito respetando escrupulosamente la forma de las crónicas medievales y las elaboraciones que el historicismo decimonónico hizo de ellas. Así, vista la confusión creada, no puede extrañar que las tendencias de la crítica literaria que están de moda en estos momentos hayan recibido etiquetas como "estudios cultu-

rales” y “nuevo historicismo”. Es muy interesante observar cómo se está legitimando todo tipo de discurso que se encuentre bajo el actualmente poderosísimo empuje de “lo cultural”, que, por asociación (¿perversa?) de palabras suele remitir a todo aquello que antes se consideraba lo menos cultural del mundo (el deporte, el ocio, el mundo de la moda, la prensa del corazón, los fundamentalismos, las pintadas, etc.).

Esta nueva concepción del discurso histórico puede entenderse, por supuesto, como una propuesta revolucionaria de metodología. Podría, sin embargo, tratarse simplemente de una declaración de principios. Sea como sea, en uno y otro caso reivindica su derecho a presentar las cosas como cree que son, mejor aún, como realmente son, es decir, ficticias. También recaba la atención, por la vehemencia con que se pronuncia ante la perplejidad de quienes todavía creen que hay que ser fiel y estricto en el empleo de las fuentes. Si es cierto que todo historiador necesita imaginación para llevar a cabo su labor (Bermejo 1987: 73), no lo es menos que hay que saber muy bien dónde termina ésta para dejar paso a la mentira. La respuesta del historiador postmoderno es contundente: *todo* es mentira ó, al menos, no hay forma de saber dónde está la verdad.

Además de proponer nuevos métodos historiográficos, los planteamientos de la crítica postestructuralista se dirigen también a los textos tradicionales para desentrañar todos esos mecanismos que van construyendo

los significados y, en un caso extremo, pueden llegar a demostrar cómo en realidad suscriben lo contrario de lo que dicen apoyar; esto es, a de-construirlos.

El historiador no tiene por qué ser consciente de los procesos de selección, interpretación y textualización de los materiales, ni tampoco de esa teleología que impone sobre su narración: sin embargo, Jorge Lozano revela cómo un autor llega a incluir su argumentación como estrategia persuasiva, sacrificando parte de la certidumbre para evitar el rechazo taxativo en la interpretación del destinatario (1987: 205-210).

Insistiendo en la realidad discursiva del pasado, Hayden White continúa en su archiconocido *El contenido de la forma* (1987 en su primera edición en lengua inglesa; 1992 en la española) sus investigaciones sobre las relaciones entre “historiografía y teoría narrativa y sobre el problema de la representación en las ciencias humanas” (1992b: 11). El título de esta obra, sin embargo, alude directamente al método de análisis planteado en *Metahistoria*, donde describe los procedimientos empleados en el discurso histórico para crear el significado, procedimientos única y exclusivamente formales: es la forma la que crea el significado y con ello entraña, pues, un contenido que no podría encontrarse en otro sitio —según los logocentristas más radicales, porque *no hay otro sitio* donde encontrarlo—. Para demostrar el carácter no científico de la historia, White explica que sus procedimientos se corresponden con los de

la literatura: “Los historiadores utilizan una combinación de estrategias para alcanzar un *efecto explicativo* particular cuando se sientan a escribir. Este efecto se relaciona, primero, con la manera de tramar; segundo, de argumentar; tercero, de proyectar una ideología, y cuarto, de seleccionar el tropo o recurso poético dominante en el texto” (Corcuera 1997: 366). El discurso histórico, por tanto, cumple en cierto modo los requisitos de elaboración de la trama —mediante la creación de la “intriga”— así como de la retórica (White se refiere a la posibilidad de construir la narración como una metáfora, una metonimia, una sinécdoque o una ironía). A los niveles narrativo y retórico, sin embargo, se añade el nivel de la argumentación formal, el cual indica cómo optar por un paradigma explicativo basado en generalizaciones o leyes causales; por último, el nivel ideológico proyecta “el elemento ético en la asunción por el historiador de una posición particular sobre el problema de la naturaleza del conocimiento histórico y las implicaciones que pueden derivar del estudio de acontecimientos pasados para la comprensión de los hechos presentes” (White 1992: 32). En efecto, para White, como para Ankersmit (1983: 241-245), no es posible separar la interpretación del juicio de valor, pues aquella lleva en sí aparejado éste; es más, “la exigencia de cientifización de la historia no representa más que la afirmación de una preferencia por una modalidad específica de conceptualización histórica, cuya base es moral o *bien estética*, pero cuya justificación epistemológica todavía está por establecerse” (1992a: 11; el subrayado es nuestro).

No puede entenderse este juicio moral como equivalente a la afirmación de autoridad que implica el discurso científico ya que, como hemos dicho, White niega toda posibilidad de establecer un saber científico sobre el pasado e incurre así en un relativismo muy peligroso que impide establecer qué es falso y qué no (Chartier 1994: 240); además, el poder no se circunscribe a una instancia concreta. Si no es posible distinguir lo verdadero de lo falso, resulta que todas las historias que se escriben son, en principio, igualmente válidas, y los criterios para distinguirlas sólo pueden ser políticos. Pero el historiador, o lo que queda de él tras la selva de las palabras y los significados, no es el único que reclama para sí un lugar en el entramado del poder: difuso y no localizable, éste se reparte entre todas las instancias que se ven influidas por ese discurso histórico en particular: los lectores, los censores o recensores, los sujetos de cuyo pasado se habla, los compañeros de la profesión y, por supuesto, el mundo editorial que pone el discurso en circulación al convertirlo en objeto de consumo. Cada una de estas instancias establece con las demás relaciones siempre cambiantes de acción y reacción, de dominio y de resistencia (el modelo de Foucault recuerda a veces a los mecanismos sinápticos: cuanto más numerosas las conexiones más enriquecido resulta el organismo en cuyo interior se aloja ese sistema nervioso). Legítima, por tanto, no sólo ese supuesto objeto histórico, sino también su posición frente a los demás discursos —o junto a ellos, si nos referimos a la metaficción historiográfica—. Las cosas existen en la medida en que se ven

atravesadas por prácticas discursivas, como las llamaba Foucault: siguiendo el orden de los ejemplos citados en los párrafos anteriores, pongamos por caso, los hechos históricos obtienen su consistencia gracias a las circunstancias que permiten las lecturas del discurso que los crea realizadas por el estudiante universitario o el interesado por la historia; mediante las críticas que se envían al director de un periódico para criticarlo o suscribirlo/ensalzarlo; mediante los ajustes de ese texto cuando no se atiene a lo que está permitido por la ley; mediante los comentarios sobre el mismo que aparecen en las revistas especializadas y que juzgan su carácter científico; mediante las conversaciones entre el autor y sus editores sobre la publicación y promoción de la obra. No hay que olvidar, además, que en una sociedad entendida, por Niklas Luhmann, por ejemplo, como un sistema complejo de relaciones, las correspondencias entre todos los elementos no son biunívocas, y por eso se considera formada por comunicaciones antes que por individuos, entendidos éstos en su sentido habitual.

Es, pues, mediante el lenguaje como se producen de forma casi ilimitada los efectos de cada actuación discursiva, y en el caso particular del discurso histórico las resonancias se convierten en objeto de especial atención por detentar la capacidad de dar a conocer aquello a lo que de ningún otro modo se puede acceder (¿Dónde está la memoria colectiva de los pueblos si no se encuentra en los discursos, en las historias contadas de padres a hijos, en las leyendas, en el rumor incluso? Y ¿cómo adquieren consistencia los hechos si no es a

base de que se lancen al aire una y otra vez, hasta que las mayores barbaridades alcanzan el mismo status que las afirmaciones más sensatas? He aquí por qué el discurso iguala, nivela, equipara y por tanto subvierte; he aquí, pues, el asombroso y peligroso poder de los discursos).

Sujeto como los demás a las presiones que sobre él ejercen los nuevos protagonistas de la escena —“los otros”—, el discurso histórico no solamente reproduce las relaciones de poder, sino que también las socava y las sufre, dos formas que a fin de cuentas también redundan en la multiplicación y en la expansión. Las socava, en primer lugar, cuando denuncia las operaciones del poder; cuando, tal como pretenden las nuevas voces de la historia, desentrañan las operaciones discursivas que median entre las causas y los efectos, entre lo sucedido y lo codificado, entre el acontecimiento y el hecho. Las socava, en general, cuando se enfrenta a otros modos de presentar los hechos, cuando lanza al espacio su mensaje propio. Al mismo tiempo, paradójicamente (pues la postmodernidad es por definición una gran paradoja), las sufre cuando, con mayor o menor resistencia, se ve modificado por esos otros discursos históricos que han cobrado forma en y gracias a, o por culpa de, esta nueva concepción de la realidad.

Uno de los ejemplos más esclarecedores de lo expuesto en el párrafo anterior es el caso tristemente famoso del lenguaje políticamente correcto. Los anafóri-

cos de la lengua inglesa que se refieren a sustantivos no marcados genéricamente han abandonado sus formas tradicionales *he* y *his* para convertirse hace apenas unos años en las correspondientes del femenino *she* y *her* —pasando, como bien es sabido, por las incómodas referencias dobles (*he/she; his/her*), que entorpecen la lectura de los textos escritos durante las décadas de los ochenta y noventa— por las mismas razones que aconsejan amablemente no aludir al color de la piel cuando se trata con respeto a los *African-Americans*. Más flagrante aún que la situación del inglés (donde la oposición entre el rasgo marcado —el femenino— y el no marcado —el masculino— apenas se observa en algunos sustantivos pero nunca, por ejemplo, en los adjetivos) es la de nuestra lengua, desde cuya gramática se reivindica una igualdad entre los sexos que más valiera conseguir sin politizar las palabras más de lo que están: de otro modo, va a llegar un día en que no se pueda hablar del español, para referirnos a nuestro idioma, por obligársenos a decir *española*, de modo que el sustantivo implícito sea femenino, es decir, *lengua* y no *idioma*. Recuérdense, también, por seguir con esta controvertida cuestión sobre cómo llamar a nuestro particular código lingüístico, las ampollas y sarpullidos que las palabras *español* y *castellano* reparten entre quienes a menudo no lo conocen lo suficientemente bien como para admitir ambas en un arranque insospechado de generosidad, o como para reconocer que sólo una de ellas permite una traducción no ridícula a otras lenguas (ciertas editoriales de prestigio venden sus diccionarios de English-Castilian/Castilian-English para no

herir susceptibilidades, pasando por alto el hecho de que de igual modo deberían vender otros tantos de East Midlands, de toscano y de Île de France, y no de inglés, italiano y francés, respectivamente). Y es que, si no fuera precisamente por el daño que pueden hacer todas estas diferenciaciones, habría que reírse de los empeños de manipulación a los que se ve sometido el lenguaje precisamente para legitimar esas pretensiones políticas que sólo desde el discurso se pueden inventar.

La crispación lingüística demuestra fehacientemente que el lenguaje constituye la realidad y que poco margen conviene dejar para que se negocien los significados de ésta, ni tan siquiera las buenas intenciones. Paradójicamente, los recelos suelen ofrecer en nuestras sociedades postmodernas una cara festiva y carnavalesca que encontramos, por ejemplo, en los tremendos afanes por preservar del pasado aquello que no conviene que se escape y, de paso, darle el barniz que conviene a los nuevos tiempos. Al explicar el inmenso movimiento conmemorativo que nos envuelve, Antoine Prost señala: "Lo que sorprende del bicentenario de la Revolución Francesa es el número y la importancia de las manifestaciones locales. Francia se cubrió de múltiples conmemoraciones: el mayor acontecimiento nacional fue conmemorado ante todo como fundador de identidades locales" (2001: 285). Es significativo, por un lado, ese deseo de acabar con los metarrelatos diluyéndolos en manifestaciones locales que en último término tienen el mismo afán justificador. Curiosamente, por otro, la celebración de todos estos aniversarios, con fre-

cuencia acaparada por las altas instancias del poder político, “requiere de los historiadores una contribución a la vez experta y legitimadora” (298) que se encarga de producir los textos pertinentes para cargar de sentido la conmemoración.

Antes de expresar nuestra opinión personal sobre esta nueva forma de entender la historia, queda por enderezar un entuerto aún encaramado en las ramas de nuestra exposición: tradicionalmente se han venido equiparando poder e ideología, de manera que en la condición postmoderna todo discurso sirve de transmisor de alguna, y si lo hacen aquéllos de cuya lectura sesgada nadie duda, tanto más peligrosa resultará, se nos advierte, la de los que en un lenguaje “transparente” porfían en transmitirnos la pura verdad de los hechos. De ahí proceden las advertencias sobre las garras poderosas de la elocuencia, así como los ataques de muchos críticos no sólo al humanismo sino también a la novela realista (Lee 1990: 27, 57).

Hablar implica, pues, una toma de posiciones; es imposible mantenerse neutral y quien manifiesta su voluntad de no tomar partido sigue manifestando una postura, por paradójico que parezca. La ideología, el “conjunto coherente de ideas producidas socialmente que prestan o crean una conciencia de grupo en un espacio y un tiempo específicos, y que se constituye como modo dominante de explicación y de racionalización” (Munslow 1997: 184), es inseparable del discurso.

Éste, sea del tipo que sea, además, está contaminado por las connotaciones de las palabras, los usos que se han hecho previamente de ellas, las influencias, las concomitancias con otros discursos. No hay, pues, discursos neutros o inocuos, y menos aún el histórico, donde la ideología lleva hasta el final su programa de organización de la condición humana: su experiencia, su situación (como nudo de intersección de distintas fuerzas provenientes de ámbitos diferentes), sus expectativas. A pesar de ello, no creemos que porque sea omnímoda hay que identificarla con el poder. Robert Berkhofer indica que la "relación entre la política y la historia va más allá de la que obviamente existe cuando el historiador emplea paradigmas políticos en sus argumentos formales; por el contrario, está construida dentro de la propia práctica disciplinaria de la historia misma al enmascarar la autoridad y el poder a lo largo de la metahistoria y la metafuente como si fueran un modo natural de entender el mundo pasado y presente. A fin de cuentas, pues, las tramas y la política, los métodos y la moral son evidentemente compañeros a lo largo de todo el paradigma de la historia normal" (1997: 213). Por otra parte, al menos en nuestra opinión, la palabra *ideología* ha adquirido con el tiempo una serie de connotaciones que la hacen poco adecuada para describir este vigoroso efecto creador y subversivo que Foucault llamó *poder*. Es cierto que se implican mutuamente, pero en el caso de emplear aquélla como tecnicismo, habría que estudiar cómo se han ido cargando las tintas en ella y cuáles son sus manifestaciones en cada régimen discursivo, labor que, dicho sea

de paso, correría paralela a la tarea de los nuevos historiadores de desentrañar las operaciones que han producido en el régimen discursivo esos cambios mediante los cuales unas causas han determinado, sobra decir que de forma mediata, unos efectos o hechos históricos (Cabrera 2001: 98). Como concluye Jorge Lozano, “un discurso como el histórico que quiere probar que lo que dice es verdad, presentará el efecto verdad, modalizando los enunciados; atender a ellos y observar sus transformaciones puede permitirnos descubrir las estrategias de un enunciadador que se empeña en ocultarse” (1987: 210).

REFLEXIÓN FINAL

Las ciencias andan siempre deseosas de encontrar nuevas vías de investigación y de dominio de la naturaleza, pues el metarrelato del progreso humano sigue calando muy hondo en un mundo donde las técnicas —también en el sentido de Foucault— y las tecnologías son capaces de dejar boquiabierto al más encendido enemigo de los *chats* o las conferencias *à la power point*. Por ello, aunque escépticos de las ciencias sociales, de la posibilidad de matematizar las relaciones humanas, o quizás debido a ello, hemos de confesar que el pensamiento postmoderno aporta a la teoría de la historia una sugerente y, por qué no decirlo, apasionante alternativa al quehacer habitual del historiador. Nos sorprende gratamente, en primer lugar, su hábil manejo

de conceptos escurridizos y contundentes a la vez, paradójicos e incluso antitéticos; su capacidad de apoyar y rebatir los mismos presupuestos, de dar y quitar la voz a unos, a otros y a todos, de plantear respuestas, todas igualmente válidas o no válidas, a las mismas preguntas, de ofrecer una visión de conjunto —*interdisciplinar* es la palabra favorita para describirla— que determina y viene determinada por una pluralidad de sujetos, de instancias, de mensajes y de supuestos significados. Es una alternativa que, si se adopta, elimina las anteriores aunque asegure limitarse a colocarlas al lado de las que ahora cobran voz, como si de una más se tratase; una alternativa que, gracias precisamente a esa contradicción, enriquece el panorama de los conocimientos y saberes humanos en un juego que a pesar de ir en serio no podríamos calificar simplemente de desolador, tal es la vitalidad que despliega.

Un reproche cabe a esta fructífera aportación, pues no deja de ser irónica su actitud ante todos esos nuevos discursos descentralizados a los que ofrece una oportunidad solamente después de haberse eliminado de raíz la validez de cualquiera de ellos: sólo en una etapa de logocentrismo se entrega el derecho de pronunciarse en medio de una red de discursos sin referentes estables, sin significados definitivos... De este modo, cabe aventurar que las relaciones de poder creadas con estos nuevos discursos quedarían siempre absorbidas, fagocitadas, asumidas por las preexistentes, que a su vez se habrían visto modificadas por ellas. La experiencia, sin embargo, nos dice que no es así, y es

que hace falta un esfuerzo crítico para llegar a la conclusión de que las nuevas historias pueden ser tan parciales como las antiguas, esfuerzo que si es ingenuo esperararlo de todos los historiadores, con mayor razón aún se puede desistir de encontrarlo entre todos los mortales. Así es cómo el efecto sigue siendo el mismo: el poder se reproduce de todas las maneras posibles y no encuentra límites a su despliegue y proliferación.

Sin olvidar la genial contribución de la teoría postmoderna a los ámbitos cerrados y a veces hasta viciados de la ciencia histórica, sus propuestas requieren, en nuestra humilde opinión, una cautela doblemente necesaria: en primer lugar, esta cautela nos permitirá una postura crítica ante todas esas historias que aun en el más transparente de los lenguajes estén inculcando subliminalmente su ideología, tanto más persuasiva cuanto más simple y totalizadora, y por ello no siempre saludable; una postura crítica que, además, invite a la reflexión sobre la distribución y resortes del poder en nuestras sociedades, a su difusión y a su variación constante. En segundo lugar, pero no por ello menos importante, la cautela se hace tanto más urgente para que no perdamos ni las energías ni la infinita esperanza que no hay para nosotros, como dijo una vez José María Valverde: parece decirnos el nuevo discurso histórico que no hay hechos que podamos conocer, y eso en el caso de que alguna vez hayan sido. Parece decirnos que todo vale, que nada es definitivo, que nadie tiene la verdad absoluta de su parte... Es fácil dejarse llevar por estas frases, dejarse atrapar por estas nuevas

redes discursivas, como hemos dicho, totalizadoras a su manera a pesar de su original vitalidad.

Pero no es así o, para ser todo lo precisos que podemos ser, diremos que no creemos que sea así. No "vale todo" de igual modo en igual grado. No todos los discursos históricos legitiman su verdad con igual eficacia, ni son todas las verdades que resultan igualmente convincentes o siquiera convenientes. Ciertamente, tampoco tienen por qué haberlo sido los metarrelatos de todos los tiempos. Es posible que vivamos en un mundo de sombras difusas y no de ideas puras, pero en él hemos de seguir desenvolviéndonos así que, aunque sea solamente por aproximación y tanteo, los significados que nos construyen todavía difieren entre sí.

Mantenemos, pues, que los desafíos de la teoría no deben confundirse con los peligros de la práctica, y exigimos una moral del teórico para que sus propuestas innovadoras no provoquen más sufrimiento del que el ser humano por sí solo se empeña en provocar. No se puede azuzar al hombre y menos desde una posición privilegiada como la de quien se hace con la palabra y la lanza a los cuatro vientos. He aquí la tentación de los discursos de la verdad: crear una realidad que no debe existir. Es el caso de tantos discursos periodísticos que vencen su *horror vacui* con cualquier barbarie sin darse cuenta de que concediéndoles su palabra les están otorgando una existencia que no merecen. En el caso concreto del discurso histórico, su gran peligro es

el de convertirse en demagogia: las historias están pensadas para actuar sobre los sujetos y convencerlos de su identidad, pero la amenaza surge cuando se los quiere convencer para agitar sus conciencias, sumergirlas en la ignorancia y someterlas a un régimen de degradación, de embrutecimiento, de resentimiento (por un pasado que "ni fue ni puede ser"), es decir, un régimen de violencia peor que los regímenes disciplinarios brillantemente descritos por Foucault.

Son, pues, variadísimas las manifestaciones del poder, son infinitas las historias de la historia, pero la postmodernidad también debe ayudarnos a recordar que no todas las manifestaciones de ese poder legitimado y creado por ellas resultan igualmente negativas, anuladoras, opresivas, enajenadoras. Si nuestras palabras no resonaran como una totalización más, nos atreveríamos a subvertir esas posturas que defienden el derecho a que se hable de cualquier cosa, precisamente porque el discurso no es tan inofensivo como parece, y puede crear aberraciones. Mantengamos, pues, los ojos abiertos y el alma despierta, y veamos porque nuestra historia, la que contamos en nuestros libros a nuestros compañeros, alumnos y público, produzca un relato al que podamos ser fieles sin derribar ni un solo sillar más de los pocos que quedan en pie entre los escombros de este mundo tan maltrecho.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- SAN AGUSTÍN (1951), *Confesiones*. Madrid: Apotolado de la Prensa.
- ANKERSMIT, F.R. (1983), *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language*. La Haya: Martinus Nijhoff.
- (1989), "Historiography and Postmodernism", *History and Theory*, XXVIII, 2, pp. 137-153.
- BARTHES, Roland (1967), "Le Discours de l'histoire", *Social Science Information. Information sur les sciences sociales*, VI, 4, pp. 65-75, cit. en LOZANO, J., *op. cit.*
- (1978), *Leçon*. Paris: Editions du Seuil.
- BERKHOFFER, Robert F. Jr (1997), *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- CABRERA, Miguel Ángel (2001), *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Cátedra / Frónesis. Universidad de Valencia.
- BERMEJO, José Carlos (1987), *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*. Madrid: Akal.
- BORJA, J. y CASTELLS, M. (1997), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.

- CHARTIER, Roger (1994), "Cuatro preguntas a Hayden White", *Historia y Grafía*, n° 3, México: Universidad Iberoamericana, cit. en CORCUERA DE MANCERA, S., *op. cit.*, p. 358.
- CORCUERA DE MANCERA, Sonia (1997), *Voces y silencios. Siglos XIX y XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DANTO, Arthur C. (1989), *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona: Paidós.
- DAVIS, Lennard (1996), *Factual Fictions. The Origins of the English Novel*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- DERRIDA, Jacques (1989), *Positions*. Paris: Editions de Minuit.
- ECO, Umberto (1976), *A Theory of Semiotics*. Bloomington: Indiana University Press.
- FABER, Karl-Georg (1971), *Theorie der Geschichtswissenschaft*. München: Beck, cit. en FOKKEMA, D. W. y IBSCH, E. (1984). *Teorías de la literatura del siglo XX*. Madrid: Cátedra, p. 169.
- FOUCAULT, Michel (1970), *Arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.
- (1980), *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena (1995), *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*. Madrid: Síntesis.
- HUTCHEON, Linda (1988), *A Poetics of Postmodernism. History, Theory, Fiction*. New York, London: Routledge.
- LACAPRA, Dominick (1988), *History and Criticism*. Ithaca, New York: Cornell University Press., cit en HUTCHEON, L. *op. cit.*, p. 129.
- LEE, Alison (1990), *Realism and Power: Postmodern British Fiction*. London, New York: Routledge.
- LOZANO, Jorge (1978), *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Editorial.
- MEDRANO VICARIO, Isabel (1998), "Los orígenes de la novela inglesa y su desarrollo en el siglo XVIII, 1660-1760", en ALVAREZ AMORÓS, José Antonio (ed. coord.), *Historia crítica de la novela inglesa*. Salamanca: Colegio de España, pp. 11-63.
- MINK, Louis (1970), "History and Fiction as Modes of Comprehension", *New Literary History*, 1, pp. 541-558.
- MUNSLow, Alun (1997), *Deconstructing History*. London, New York: Routledge.
- PROST, Antoine (2001), *Doce lecciones sobre la historia*. Madrid: Cátedra / Frónesis. Universidad de Valencia.

RICOEUR, Paul (1999), *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.

SCHAMA, Simon (1993), *Certezas absolutas, especulaciones sin garantía*. Barcelona: Anagrama.

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco (1987), *Foucault y los historiadores*. Cádiz: Universidad de Cádiz.

WHITE, Hayden (1992a), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

— (1992b), *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.